

Tradición áurea y actualización política: El pensamiento de Saavedra Fajardo según Francisco Ayala

*Francisco Javier Díez de Revenga**

Cuenta Francisco Ayala en su libro *Recuerdos y olvidos (1906-2006)*¹ multitud de anécdotas de su acontecer vital en la década que transcurrió durante su estancia en Buenos Aires entre 1939 y 1949. Anécdotas de todo tipo que se refieren desde a aspectos de lo más doméstico, incluida la mínima supervivencia, a contactos con grandes personajes españoles y argentinos que se cruzaron en su vida y formaron parte de su existencia de exiliado, personajes que van desde Jorge Luis Borges a Juan Ramón Jiménez, pasando por Rafael Alberti y María Teresa León, por citar los escritores más conocidos hoy, sin olvidar otros, actualmente muy olvidados, que tuvieron mucha importancia para su subsistencia, como Eduardo Mallea, que le introdujo como colaborador en *La Nación* o Victoria Ocampo, en la revista *Sur*, con cuyas colaboraciones comenzó a obtener algunos recursos que vinieron muy bien al propio Ayala, a su mujer y a su pequeña hija para asentarse económica y socialmente en el Buenos Aires de 1940.

Uno de los medios para obtener recursos en aquellos primeros años fue la editorial Losada, en la que trabajaba Guillermo de Torre, cuñado de Jorge Luis Borges, ya que De Torre estaba casado con su hermana Norah. Por cierto, que los recuerdos argentinos de Ayala hacia de De Torre no son muy positivos. En la editorial Losada trabajaban, además de Gonzalo Losada, que había sido empleado de Espasa Calpe, otros conocidos escritores e intelectuales del momento que por allí circulaban como Amado Alonso, Francisco Romero, Lorenzo Luzuriaga y el pintor italiano Attilio Rossi, con quien Ayala llegaría a tener una buena relación de amistad.

Según relata el novelista, sus primeras relaciones con Losada fueron de «traductor a destajo», como el propio autor indica con ese término tan dramático como absorbente. Comenzó su trabajo en la editorial con una traducción

* Universidad de Murcia

1 F. AYALA, *Recuerdos y olvidos (1906-2006)*, Alianza, Madrid, 2006, pp. 267-382.

de Rainer Maria Rilke, de sus *Cuadernos o Apuntes de Malte Laurids* (*Die Aufzeichnungen des Malte Laurids*), traducción, por cierto, que tropezó con alguna intervención no muy apropiada de Guillermo de Torre.

Siguieron otras traducciones de diferentes idiomas, como *Carlota en Weimar* de Thomas Mann, *La romana*, de Alberto Moravia, etc. Asistimos al taller del escritor en aquellos momentos recordado con nostalgia:

«Las sedentarias labores de traductor y articulista, la preparación de alguna que otra conferencia y, por supuesto, mis escritos de creación original, eran tareas que cumplía en casa. ¡Cuántos miles de folios mecanografiados no habrán salido de aquella pequeña y servicial «Erika», mi maquinita portátil fiel instrumento de mi trabajo! Por supuesto que mi conexión con la Editorial Losada, donde incluso desempeñé funciones de empleado durante una temporada, no me impedía relacionarme con otras empresas. Durante esa temporada a sueldo me ocupaba de revisar y preparar textos para la imprenta, de corregir pruebas y de las otras actividades más o menos intelectuales propias del negocio, en una oficina donde también tenían sus mesas correspondientes Guillermo de Torre y Lorenzo Luzuriaga, y su pupitre el dibujante Attilio Rossi, que hacía las cubiertas y portadas y cuidaba la tipografía».

No alude Ayala en *Recuerdos y olvidos*, sorprendentemente, a un volumen que él preparó, sin duda con verdadera delectación para la citada editorial Losada y que supone un buen ejemplo de la fidelidad de Ayala hacia la literatura áurea. Un libro hasta hace muy poco olvidado. En 1941, en Buenos Aires, el entonces joven catedrático español de Derecho Político Francisco Ayala publicó un volumen, titulado *El pensamiento vivo de Saavedra Fajardo*², sobre el político y escritor murciano del Siglo de Oro. Hace unos años, la editorial Península, de Barcelona³, reeditó el volumen con oportunidad e indudable mérito, porque el más universal de los escritores murcianos no es precisamente un best-seller ni un escritor de consumo. En la nueva edición se ha utilizado el subtítulo de *Estudio y selección de las Empresas Políticas*. Por ello, hay que valorar esta iniciativa que reúne la pluma de dos tratadistas políticos de épocas distintas, que además son considerados escritores de creación de categoría: Saavedra Fajardo por su ficción lucianesca *La república literaria* y Ayala por sus excelentes e inolvidables novelas y narraciones cortas: *Muertes de perro*, *El fondo del vaso*, *Los usurpadores*...

2 F. AYALA, *El pensamiento vivo de Saavedra Fajardo*, Losada, Buenos Aires, 1941.

3 F. AYALA, *El pensamiento vivo de Saavedra Fajardo*, Península, Barcelona, 2001.

El volumen, en realidad, es una antología de las *Empresas políticas* y también de *La República Literaria* de Saavedra. Ayala hace la selección y el estudio preliminar, además de titular cada uno de los diecinueve textos de don Diego que componen estas «páginas escogidas». Para que se advierta hasta qué punto el pensamiento de Don Diego es un pensamiento «vivo», he aquí algunos de los títulos de los textos seleccionados: «De los efectos de la educación», «Ciencia y gobierno», «La ira y la envidia», «Monarquía, república», «Religión y política», «La naturaleza humana», «La buena política», etc.

El libro se integró como número 14 en la colección que publicaba la editorial Losada con el título de «El pensamiento vivo». Debemos recordar en este punto la importancia de esa editorial en el mundo hispánico en aquellos años cuarenta. Creó una serie de publicaciones que formaron una biblioteca imprescindible en lengua española, con casi todos los libros que hubo que leer, o que habría que leer, para no quedarse fuera de este mundo. La mayúscula L cruzada por una rama de laurel —logotipo de la editorial ideado en 1938 por Attilio Rossi— evoca ediciones ya míticas de libros como *Platero y yo*, *Don Segundo Sombra*, el *Poema del Mio Cid*, *Residencia en la Tierra*, *Poeta en Nueva York*, por solo citar algunos de una lista interminable. Y no sólo autores hispánicos sino traducciones de los pensadores más interesantes del siglo XX como Jean Paul Sartre, Karl Jung, Italo Calvino, William Faulkner, etc.

La editorial fue una idea del madrileño Gonzalo quien le dio nombre y vida a fines de la década de los treinta, y quien la llevó adelante junto con Guillermo de Torre, Attilio Rossi y Amado Alonso, entre otros. En apenas un año, este grupo de amigos había instalado en el mercado casi veinte colecciones, entre ellas «La pajarita de papel», que editó *La Metamorfosis* de Kafka, la «Biblioteca filosófica» que dirigió el ya citado filósofo de origen sevillano Francisco Romero, la «Biblioteca contemporánea», «Enseñar deleitando» y la «Biblioteca del pensamiento vivo», que ahora nos interesa. He aquí algunos de los títulos de la difundidísima y reeditada biblioteca: *El pensamiento vivo de Andrés Bello* presentado por Germán Arciniegas, *El pensamiento vivo de Bolívar* presentado por Rufino Blanco-Fombona, *El pensamiento vivo de Cajal* presentado por Felipe Jiménez de Asúa, *El pensamiento vivo de Claude Bernard* presentado por Jaime Pi-Sunyer, *El pensamiento vivo de Concepción Arenal* presentado por Clara Campoamor, *El pensamiento vivo de Descartes* presentado por Paul Valéry, traducción de María Martínez Sierra, *El pensamiento vivo de Galdós* presentado por Arturo Capdevila, *El pensamiento vivo de Giner de los Ríos* presentado por Fernando de los Ríos, *El pensamiento vivo de Jovellanos* presentado por Augusto Barcia, *El pensamiento vivo de Juan Luis Vives* presentado por Joaquín Xirau ; traducción de Sánchez Gallego y José Ontañón, *El pensamiento vivo de Marx* presentado por León Trotsky; traducción de Luis Echavarrí, *El pensamiento vivo de Séneca* presentado por María Zambrano.

Interesa siempre la figura de Saavedra Fajardo, no sólo por su condición de diplomático y de testigo de las más importantes horas de la Europa de su tiempo (asistió en Roma a los cónclaves que eligieron a Gregorio XV y Urbano VIII y fue plenipotenciario elector en Ratisbona y en la paz general de Munster: justamente los salones de Munster, en los que Saavedra realizó su trabajo diplomático, aparecen al comienzo de un relato de Ayala, «El rapto», que ha visitado el narrador, asistente a un congreso, poco antes de tomar el tren, en el que convivirá hasta la estación de Colonia con unos emigrantes españoles en la Alemania de la década de los sesenta), sino porque, a la hora de escribir su tratado de educación de príncipes, se basó no sólo en las fuentes librescas más adecuadas, sino en su propia experiencia de negociador, que le otorgaba una autoridad especial a la hora de emitir sus juicios políticos y filosóficos. Por ello, Saavedra siempre suscitó la atención de pensadores y estudiosos de relieve: desde Antonio Machado a Enrique Tierno Galván o Manuel Fraga Iribarne, desde Azorín (que escribió numerosos artículos sobre él a lo largo de su vida) a Adolfo Muñoz Alonso, Vicente Palacio Atard, José María Jover o Mariano Baquero Goyanes, y, remontándonos a siglos anteriores, pensadores como Gregorio Mayans, el Marqués de Molins, el Conde de Roche y tantos otros⁴. Coincidiendo con el centenario de 1948, Saavedra fue objeto de atención de filósofos, juristas, politólogos, sociólogos, etc. Incluso Catedráticos de Derecho Político (el caso ya citado de Tierno Galván y Fraga Iribarne) dedicaron monografías a Saavedra. Ayala, también Catedrático de Derecho Político, se adelantaría a ellos algunos años cuando trace las líneas de su monografía.

Ayala pertenece al grupo de intelectuales que en los años cuarenta se interesó por el pensamiento de Saavedra como reflejo de su época pero también como filosofía que algo podía significar en aquellos años convulsos (que a Ayala le tocó vivir en el exilio). Por eso sus palabras sobre Don Diego pueden leerse en clave de actualidad muy expresiva: «No es Saavedra Fajardo uno de estos grandes rebeldes que han alcanzado a fijar con rasgos geniales el drama que comporta la situación del disidente. Pero quizá por eso, porque no echó el peso de su vida y de su obra del lado del nuevo pensamiento europeo, sino más bien al contrario, y también por ser un español ausente que vive en contacto con Europa, se puede rastrear bien en sus escritos la colisión y el íntimo contraste entre su ser de español y su condición de europeo», nos dice, utilizando la expresión «español ausente», que podría ser aplicada al propio Ayala, que también analiza, desde la distancia obligada, el pensamiento político de un español y de una España concretos, que pueden actualizarse con facilidad.

4 Ver bibliografía en F. J. DÍEZ DE REVENGA, *Saavedra Fajardo*, Academia Alfonso X el Sabio, Cuadernos Bibliográficos, Murcia, 1977.

«Subrayar resonancias actuales de escritos pretéritos» eso es para Ayala el valor que se puede obtener con el «pensamiento vivo» de un escritor. Un escritor está vivo en su pensamiento en tanto que aporta algo al presente y nos ayuda a comprender mejor lo que ante nosotros ocurre. Saavedra muestra tonos de moderación y de prudencia que aún hoy están vigentes. Este libro de Ayala así lo demuestra.

La perspectiva, en el estudio de Saavedra, varía, como es natural según el estudioso. En el caso de Ayala revestirá características singulares dado el momento histórico en que publica sus reflexiones, justamente al comienzo de su exilio, y, justamente también, al terminar la Guerra de España. Y, teniendo en cuenta el propósito del trabajo, al hablar del «pensamiento vivo» de Saavedra advertiremos el proceso de actualización ideológica del diplomático de la corte de Felipe IV, tan distante y tan distinto, de un pensador y sociólogo del siglo XX, como es el caso de Ayala, quien, por añadidura, y esto es muy importante, al contrario que hicieron otros comentaristas de los años del centenario, no va a realizar un comentario hagiográfico y exaltador del personaje recordado, sino que lo va a someter, con criterios de objetividad, a una valoración desde la perspectiva de su tiempo, el siglo XVII español, época de monarquía absoluta, y desde la perspectiva del presente, en tanto que el pensador murciano pueda aportar algo al estudioso contemporáneo al lector de una biblioteca del «pensamiento vivo».

No oculta nuestro escritor contemporáneo su propósito, a la hora de enfrentarse a Saavedra y explicar qué entiende por «pensamiento vivo», que es lo que figura en el título de libro y en el de la colección: «¿Qué es el pensamiento vivo de un autor? ¿Cómo decretar acerca de lo que vive en la producción de una mente poderosa del pasado, y lo que yace en el fondo de su obra, inerte, como letra muerta?» A lo que Ayala reflexiona y avisa a su lector: «Ardua cuestión de proyecciones amplias, y no leve problema de conciencia.»

El «problema de conciencia» desde luego es arduo. Y, con toda serenidad y no oculta objetividad, Ayala advierte que un escritor del pasado lo mismo puede ofrecerse como algo «caduco, reseco y sin savia», si lo miramos desde determinadas perspectivas, que aparecer «pleno, pujante, todo cargado de vida y haciendo señales de alegre inteligencia al futuro» si lo observamos desde otros puntos de vista. Y lo más grave de la situación es si centramos a nuestro autor en el contexto europeo del momento, advirtiendo que «carece por completo de gravitación sobre el pensamiento europeo actual, en cuyo árbol genealógico figura como una de esas ramas laterales, medio perdidas, que no entran a integrar la continuidad de la estirpe.»

Naturalmente, el diagnóstico de Ayala alcanza una explicación meridiana cuando relaciona el pensamiento europeo, a través de las tendencias y de los siglos, con el pensamiento español. El nombre de España y de lo español surge

pronto en las palabras de Ayala para denunciar el *fracaso*, esa es la palabra que utiliza de nuestro pensador a la hora de insertarse o de influir en las corrientes del pensamiento europeo de su época o posterior. Todo «requiere una explicación», como nos dice el escritor. Y he aquí algunas causas de la situación:

- 1) El pensamiento europeo a través de las generaciones contrasta con el pensamiento español.
- 2) El pensamiento español se manifiesta «en direcciones entrecruzadas, contradictorias, siguiendo líneas de desarrollo interrumpidas, reiterantes, encontradas, *frustradas*».
- 3) Junto a la nota de *grandeza* aparece la nota de *frustración*.
- 4) Las circunstancias históricas y las relaciones sociales, la realidad del medio social, condicionan la obra del ingenio.
- 5) Los *ingenios*, los intelectuales que diríamos hoy, han estado sometidos constantemente a una situación contradictoria, de conflicto.

Importa también mucho la situación histórica de los siglos XVI y XVII a la hora de valorar el papel que desempeñaron las «conciencias disidentes». «el pensamiento disidente», por las siguientes razones:

- a) son disidentes de las vigencias espirituales españolas porque ella misma, España, es la disidente, a su vez, de «las vigencias europeas».
- b) la Contrarreforma fue la más notoria disensión de España respecto a Europa.
- c) supuso «el más grave sacrificio que pudo hacerse un pueblo en aras del espíritu».
- d) causas fundamentales fueron el predominio de los valores morales, establecido ya en el Renacimiento, con lo que España se aparta de la línea esteticista más europea, representada por Italia.
- e) y todo ello a pesar de lo que en España se había conseguido durante la Edad Media, en el terreno de «metas independientes de las grandes tareas de la Cristiandad».

Y tal es la explicación del «sino lamentado» que condena secularmente al pensamiento español.

Para completar el diagnóstico, el escritor Ayala propone una serie de consecuencias de tal situación histórica:

- 1) la tardía floración del escolasticismo español de los siglos XVI y XVII fue infecunda para una Europa lanzada ya «por la vía del racionalismo individualista».

- 2) fue infecunda, también y además, la producción de los *ingenios* que, por fidelidad a Europa, fueron disidentes de España ya que, a pesar de que eran los *modernos*, quedaron desarraigados de la realidad inmediata.

Interesa, tras esta visión clarificadora de la situación de España respecto a Europa, valorar el pensamiento de Saavedra Fajardo, que no podemos (y así lo advierte Ayala) integrar entre los disidentes y rebeldes, sino más bien al contrario. Importa, desde luego, porque en sus escritos se puede rastrear «la colisión y el íntimo contraste entre su ser de español y su condición de europeo».

Y destaca sus características como pensador en su tiempo que pudo rozar la mediocridad, debido a sus características personales:

- a) hombre avenido con la realidad nacional.
- b) temperamento constructivo.
- c) funcionario del estado.
- d) sentido de la eficacia, de la jerarquía y del ascenso.
- e) su moderación.
- f) sus modestas preocupaciones.
- g) el orden de su vida.
- h) su aprecio de las posiciones oficiales.
- i) su aceptación de las circunstancias reales.
- j) su disposición a servir dentro de ellas.

Aunque, junto a estas características, hay que señalar otras cualidades personales que revelan su posición no del todo acomodaticia a la situación general y política, cualidades entre las que sobresalen las siguientes.

- a) no era conformista.
- b) calidad muy noble del espíritu.
- c) personalidad moral.
- d) renuncia constante a lo óptimo ideal.
- e) abnegación.
- f) sacrificio del brillo de la personalidad al servicio de una causa o un interés objetivo.
- g) diplomático activo.
- h) celoso de su servicio.
- i) funcionario que se queja y expresa su amargura.

Y, a este propósito, recuerda Ayala un texto en el que se recogen las quejas de un funcionario desencantado: los príncipes «no hacen gracias sino a los que tienen delante, sin considerar que los ministros ausentes sustentan con infinitos peligros y trabajos su grandeza... Todas las mercedes se reparten entre los que asisten al palacio... Quien sirve ausente podrá ganar aprobaciones, pero no mercedes. Vivirá entretenido con esperanzas vanas, y morirá desesperado con desdenes.»

En definitiva, que Saavedra Fajardo, para Ayala, es un hombre de su tiempo, conforme con la fortuna que le correspondió y, desde el punto de vista político, servidor, como pocos, de su señor y de lo que este representaba, características que se pueden resumir en las siguientes cualidades, según el escritor contemporáneo:

- a) súbdito fiel.
- b) español conforme y resignado.
- c) ingenio de cuño tradicional.
- d) escritor que sigue modelos y métodos de composición literaria habituales.

Y señala, a continuación los antecedentes literarios consabidos de sus obras principales: *La República literaria* y las *Empresas políticas*, para manifestar, una vez más, que Saavedra Fajardo no era escritor original, ni lo pretendía, en sus planteamientos genéricos, formales y estructurales de tipo literario ya que, como asegura el comentarista y antólogo, «si la concepción y armadura externa de las obras de Saavedra fajardo está acomodada a patrones admitidos y carece de toda originalidad, no ocurre así con el meollo de las ideas que, bastante vigorosas para soportar el peso de una erudición inmensa, antes al contrario, vivificándola, se revelan bajo ella como fruto de la experiencia personal y de la propia meditación.»

Aun así, el juicio global de Ayala es exigente con Saavedra Fajardo y detecta inmediatamente que no deja sentir a las claras su personalidad tanto en sus ideas filosóficas como en las jurídico-políticas. ¿Por qué don Diego no deja sentir su propia opinión en dos áreas tan representativas? Ayala apunta las siguientes causas:

- 1) fidelidad a los principios que regían la sociedad civil del momento.
- 2) fidelidad a la versión y sistematización de la ciencia política transmitida por la *Summa Teológica* de Santo Tomás, modificada en el Renacimiento con las aportaciones del cesarismo romanista.
- 3) apoyo a la monarquía absoluta.

Seguía Don Diego en esto las corrientes más comunes de su tiempo, a las que era fiel, y no se plantea, por no ser el propósito de la obra, la discusión de estos principios. Razones por las que Ayala entiende a Saavedra Fajardo y justifica su actitud: «Por eso parece injusto el reproche de vacilación e imprecisión que se desprende de los estudios —pocos, y no satisfactorios— consagrados al examen de este aspecto del pensamiento de Saavedra».

Su idea del estado procede de las ideas habituales en la época, establecidas por el Derecho Natural católico, de manera que no son incompatibles los dos conceptos, ni contradictorios, ya que Saavedra los concilió con éxito:

- a) origen divino del poder («la mayor potestad descende de Dios»).
- b) el poder recae sobre la comunidad política (que no es, en ese momento, el pueblo soberano, incomprensible aún para la fecha).
- c) la púrpura, la majestad, no es del príncipe, sino de la república, «que se presta para que represente ser cabeza de ella».

Y concluye, resumiendo el pensamiento de Saavedra plenamente ajustado al pensamiento político de la Escolástica: «La compañía civil o comunidad política nace del común consentimiento, surgiendo de este una potestad en toda ella que la mantenga en justicia y paz. Se produce así el necesario desdoblamiento de gobernantes y gobernados, y con él la organización del poder político en alguna de las tres formas de gobierno: monarquía, aristocracia y democracia. Por eso puede advertirse al monarca sin contradecirse que debe su potestad al consentimiento común.»

Lo moderno en el siglo XVII, advierte Francisco Ayala en su trabajo introductorio, era el pensamiento de la soberanía como doctrina del absolutismo político, y lo anticuado y tradicionalista (que era lo que pensaba Saavedra) era el pensamiento de un gobierno monárquico moderado...

Tras estas reflexiones filosóficas y jurídico-políticas de carácter general sobre el poder y el absolutismo, pasa Francisco Ayala a señalar cuáles son los elementos más originales y también más personales advertidos por Saavedra Fajardo en sus *Empresas políticas*, y que son los siguientes:

- a) la administración de la justicia en la que (observación sagaz de Ayala) se adelanta a la famosa frase de Montesquieu. El juez sería *bouche que prononce la parole de la Loi*. En Saavedra Fajardo se dice: «Y porque [las leyes] no puedan darse a entender por sí mismas, y son cuerpos que recibe el alma y el entendimiento de los jueces *por cuya boca hablan*. Ambos utilizan, evidentemente, como fuente de inspiración la erudición clásica. Para Montesquieu este pensamiento constituye la

base del estado liberal; en Saavedra, sin embargo, ha oscurecido esta idea la falta de perspectivas inmediatas.

- b) Necesidad del derecho positivo sobre la ley natural, en los siguientes aspectos:
1. ventaja de la ley escrita.
 2. razón del principio *previa lege*.
 3. independencia judicial.
 4. reserva del derecho de gracia.
 5. fundamento de la jurisdicción contencioso-administrativa.
 6. «No obliga al príncipe la fuerza de la ley, sino la razón en que se funda.»
- c) Penetración con que se considera y caracteriza la naturaleza humana...
En los siguientes aspectos:
1. sensibilidad humanista.
 2. profesión de la diplomacia.
 3. experiencia personal junto a la erudición clásica.
 4. idea platónica del conocimiento innato.
- d) la educación, examinada en los siguientes puntos:
1. despliegue de ideas pedagógicas.
 2. eficacia de la educación y su misión tan solo relativa.
 3. la excesiva entrega a las ciencias y a las artes determina una incapacidad para la actividad práctica.
 4. desdén del espacialismo: «Una profesión sin noticia ni adorno de otras es una especie de ignorancia, porque las ciencias se dan las manos y hacen un círculo.»
 5. fuerza formativa del ambiente y la tradición doméstica.

No podía faltar en la reflexión de Francisco Ayala sobre Saavedra Fajardo su opinión sobre el diplomático en su condición de escritor. No podía faltar en un escritor y creador como él, conocedor de la literatura barroca, desde Cervantes a Quevedo sobre los que ha escrito luminosas páginas. Y frente a quienes han podido considerar a Saavedra autor de una prosa «inabordable y dura», y frente a los que le han atribuido las mismas tachas que a Quevedo o Góngora, Ayala defiende la calidad de su estilo, de acuerdo con las últimas opiniones sobre el escritor y lo resume en una serie de cualidades acertadas y concretas: «Conciso, nervioso, lleno siempre de sentenciosa dignidad, con el estilo alcanza a ratos, impulsado por la pasión, calidades soberbias, capaces de sostener todas las comparaciones.»

Para concluir las observaciones de este pequeño pero profundo ensayo o estudio preliminar, nuestro escritor aborda el interesantísimo problema de la relación de Saavedra con España, con la España política y real de su tiempo.

Para ello parte de un texto en el que se refiere el escritor murciano a las calumnias que circulaban impresas sobre la colonización de España en América, señalando que no soportan el paralelo con las guerras contemporáneas. He aquí el texto recordado de Saavedra Fajardo:

«Considérense todos los casos imaginados que fingió la malicia haberse ejercitado contra los indios, y pónganse en paralelo con los verdaderos que hemos visto en las guerras de nuestros tiempos [...] se verá que no llegó aquella mentira a esta verdad. ¿Qué géneros de tormentos crueles inventaron los tiranos contra la inocencia, que no los hayamos visto en obra, no ya contra bárbaros inhumanos, sino contra naciones cultas, civiles y religiosas; y no contra enemigos, sino contra sí mismas, turbado el orden natural del parentesco, y desconocido el afecto a la patria? Las mismas armas auxiliares se volvían contra quien las sustentaba. Más sangrienta era la defensa que la oposición. No había diferencia entre la protección y el despojo, entre la amistad y la hostilidad. A ningún edificio ilustre, a ningún lugar sagrado perdonó la furia y la llama. Breve espacio de tiempo vio en cenizas las villas y las ciudades, y reducidas a desiertos las poblaciones. Insaciable fue la sed de sangre humana. Como en troncos se probaban en los pechos de los hombres las pistolas y las espadas, aun después del furor de Marte. La vista se alegraba de los disformes visajes de la muerte. Abiertos los pechos y vientres humanos, servían de pesebres, y tal vez en los de las mujeres preñadas comieron los caballos, envueltos entre la paja, los no bien formados miembrecillos de las criaturas. A costa de la vida se hacían pruebas del agua que cabía en un cuerpo humano, y del tiempo que podía un hombre sustentar el hambre. Las vírgenes consagradas a Dios fueron violadas, estupradas las doncellas y forzadas las casadas a la vista de sus padres y maridos. Las mujeres se vendían y permutaban por vacas y caballos, como las demás presas y despojos, para deshonestos usos. Uncidos los rústicos, tiraban los carros, y para que descubriesen las riquezas escondidas los colgaban en los pies y de otras partes obscenas, y los metían en hornos encendidos. A sus ojos despedazaban las criaturas, para que obrase el amor paternal en el dolor ajeno de aquéllos, partes de sus entrañas, lo que no podía el propio. En las selvas y bosques donde tienen refugio las fieras, no le tenían los hombres, porque con perros venteros los buscaban en ellas, y los sacaban por el rastro...».

A tal texto, Ayala lo denomina una «maravillosa página de guerra», y podríamos hoy, más actualmente, denominarla magnífica página contra la guerra, un «no a la guerra» lleno de humanidad, dramatismo y veracidad. Pero es que el comentarista valora esta página, además de por su contenido, por su forma literaria y la considera un «ejemplo de estilo» capaz de compararse con los mejores estilistas de su siglo, susceptible de «parangón» con las más hermosas páginas de la literatura castellana.

Destaca, desde aquí, entonces, y consecuentemente, la posición de Saavedra Fajardo ante España como

- a) pasión herida del español, raíz del ser.
- b) indignado en su honestidad y derechura contra las artes de la nueva política europea.
- c) el católico fiel a la idea de una sociedad y un mundo *regido* por principios morales.
- d) antimachiavelo, en contra del cinismo político como norma de conducta.

Tras comentar la espléndida y tan representativa empresa LX, «O subir o bajar», concluye:

«Puede imaginarse bien el estado de ánimo, calcularse la hondura del drama-no por cierto menos intenso que el del disidente que zanja su conflicto con gloria y miseria a favor de sus convicciones intelectuales de ese diplomático español que, fiel en alma y pensamiento al destino de su patria, la ve con clara mirada de filósofo precipitarse, derrumbarse en un desmoronamiento fatal, y que, actuando durante todos los años de su vida en el seno de la Europa hostil, asiste al triunfo del mal y hasta quisiera con un penoso e inhábil pero conmovedor esfuerzo cohonestar de algún modo los métodos inescrupulosos que tan injusta y bárbara eficacia alcanzan ante sus ojos, e incluirlos en el sistema de principios que ofrece por consejo de buen gobierno al rey, para tratar con ello de poner remedio a la catástrofe».

No podía faltar en un ensayo de Ayala sobre un personaje de nuestro Siglo de Oro la comparación de este español de su tiempo con el mito más inmenso de nuestra cultura: el Quijote, con quien le encuentra relación:

- a) en el querer erigirse por principios de un mundo y una realidad ya periclitados.

- b) como sostenedor de la justicia a trueque de descalabros, y empeñado en gobernar su conducta por las ya descaídas normas medievales que nadie observa en torno a él.

Pero aún así, en la conclusión final, el pensamiento de Saavedra Fajardo experimenta, desde la perspectiva liberal, republicana y exiliada de Francisco Ayala, creyente en el progreso y los avances de la Europa de los últimos siglos, frente al retrogrado pensamiento español, una decidida actualización, cuando acepta que Saavedra se relaciona con «nuestra actualidad histórica»:

«Por eso hoy cuando se leen las reflexiones de Saavedra Fajardo escritas con miras a su tiempo —el error, por ejemplo, de los grandes imperios que no quieren moverse por no poner en peligro su tranquilidad, pero que con ello caen en la catástrofe que querían esquivar, ya que sólo con una misión y una actividad se conservan los Estados, y de otra parte el error de los poderes tiránicos que fían demasiado en el triunfo de la violencia sin advertir las fallas en que sucumbe una política desprovista de principios morales— creemos estar leyendo atinadísimas alusiones a nuestra actualidad histórica, por donde no puede ser más viva y activa la obra del pensador español del XVII. Pues cada vez que el desarrollo europeo toma aspectos demasiado torturadores o degradantes, desemboca en intolerables contrastes o se precipita en una crisis, vuelven a aparecer cargados de promesas de futuro los escritos que en su día fueron signo de una decisión histórica desafortunada y expresión de un destino que quedó estéril en el apartamiento y en el ensimismamiento, feroz a veces, de un pueblo que jugó su carta a la universalidad y al Espíritu frente al particularismo de las nacionalidades y la Razón individualista que habían de ganar la partida».

Francisco Ayala escribió, por las mismas fechas en que hace esta reflexión sobre Saavedra Fajardo, los relatos que reuniría en su volumen *Los usurpadores*, publicado por la Editorial Sudamericana, ya en 1949⁵. Entre los cuentos (o novelas cortas) que figuran en este libro, destaca, por su relación con la España de Saavedra Fajardo, y contener una expresiva vuelta a la monarquía de los últimos (del último, en concreto) Austria, «El hechizado», que se publica por primera vez en 1944, en la editorial Emecé, en Buenos Aires, en un tomito de la colección «La Quimera», que dirigía Eduardo Mallea, y que Jorge Luis Borges consideró, y con razón, uno de los retratos «más memorables» de la

5 F. AYALA, *Los usurpadores*, edición de Carolyn Richmond, Cátedra, Madrid, 1992.

literatura española⁶. En *Recuerdos y olvidos* figura una reflexión sobre éste y los otros relatos del libro que quizá tenga que ver, y mucho, con las ideas expresadas a la hora de valorar el «pensamiento vivo» de Saavedra Fajardo. Escribe Ayala: «todo el volumen de *Los usurpadores* constituye una apesadumbrada reflexión sobre el fenómeno de la discordia civil y, en general, de las pugnas alrededor del poder».

Ninguna conclusión mejor a estas páginas que tales palabras del ilustre sociólogo y narrador Francisco Ayala en su centenario, felizmente en vida.

Recibido: 13 Noviembre 2006

Aceptado: 12 Mayo 2007

6 J. L. BORGES, «Francisco Ayala, *El hechizado*», *Sur*, 14, núm. 122, Buenos Aires, 1944, pp. 58-59.